

## Trascendental para la paz

Carlos LARRINAGA  
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Así es como ha calificado el Ministerio de Asuntos Exteriores de España el preacuerdo logrado el pasado 2 de abril entre Irán y el grupo de los seis (los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU y Alemania) en materia nuclear. Y no le falta razón, pues, en efecto, supone un paso en la buena dirección para conseguir lo que sería el objetivo definitivo: el pacto al que se han comprometido a llegar los participantes en la negociación a finales de junio. En general, la noticia ha sido bien recibida en las potencias occidentales, más allá de los propios actores de las conversaciones, y en un buen número de estados musulmanes, entre los que destacan, sin duda, Turquía y Siria. El primero porque es muy consciente de la necesidad de ampliar las relaciones con la antigua Persia para tratar de que la desestabilización que vive en estos momentos Oriente Próximo no aumente. Y el segundo, porque el régimen de al-Asad ha contado desde el primer momento con el apoyo de Teherán en su lucha contra los rebeldes.

Pero como suele ser habitual en estos casos, las voces críticas también se han dejado oír. En este sentido, el primer ministro israelí se lleva la palma. Recordemos que en el inicio de su campaña electoral del pasado mes de marzo apeló a la necesidad de no llegar a ninguna avenencia con Irán en su intervención en el Congreso de Estados Unidos, poniendo en solfa la política exterior de la Administración Obama. No en vano volvió a recurrir al viejo discurso que lleva esgrimiendo desde que entró en política en los años ochenta: que Irán está a punto de conseguir la producción de la bomba atómica y que eso habría de suponer un peligro para la propia existencia del Estado de Israel. Con su alegato viejo y gastado, Netanyahu recurre de nuevo al expediente del miedo y del engaño. Afortunadamente, Obama y Kerry parecen haberle tomado ya la medida y no han cedido ante sus burdas presiones. Extremadamente cuidadosos han debido ser con otro de sus aliados tradicionales en la región, Arabia Saudí, muy temerosa de la influencia que Irán ha adquirido en la zona. No es de extrañar, por consiguiente, la llamada del presidente norteamericano al rey Salman para tratar de tranquilizarle y convencerle de que lo convenido no supone dar alas al régimen de los ayatolas, sino todo lo contrario. Por último, el ejecutivo de Obama ha tenido que hacer frente a la postura de los republicanos, mayoritarios en el Congreso y en el Senado, y de algunos elementos de su propio partido, el Demócrata. En este punto no debemos olvidar que hay una amenaza por parte del Partido Republicano de aprobar nuevas disposiciones sancionadoras contra Irán y de echar por tierra la labor encomendada a Kerry. En cuyo caso Obama no tendría otro remedio que apelar al derecho de veto, lo cual crearía una pugna aún mayor entre el gobierno y las Cámaras, que deterioraría enormemente la vida política estadounidense. A la postre, es una actitud que no interesa a ninguna de las dos partes, aunque la posibilidad real de que pudiera darse existe.

Cabe resaltar, sin embargo, la alegría con la que ha sido acogida la noticia en Irán. El recibimiento que ha tenido el responsable de Exteriores Javad Zafari en el aeropuerto de Teherán es muy revelador del apoyo popular de que disfruta el gabinete de Rohani. Es verdad que la última palabra ha estado en el Consejo Guardián de la Constitución, con el ayatola Jamenei a la cabeza, pero no es menos cierto que quien a

todas luces se ha apuntado el tanto es el presidente de la República. Su talante moderado y su aperturismo le han valido la simpatía de Occidente desde que accediera al cargo en 2013 y no sería raro que la haya utilizado como instrumento de presión. A este respecto, no hay que olvidar que las sanciones económicas que padece Irán desde hace una década han representado un coste excesivo para toda la sociedad. Una sociedad, además, con una población joven enorme que ha salido a las calles para celebrar lo conseguido en Lausana. Y no tanto por motivos nacionalistas o de apoyo incondicional al régimen, sino, sobre todo, porque saben que si en junio se da el paso definitivo de acuerdo, su futuro económico puede ser bastante mejor del que tienen ahora. De alguna manera, Rohani representa las aspiraciones de este sector de la ciudadanía que quiere un futuro mejor y que ve en el entendimiento con Occidente una probabilidad plausible de materializarlo. Ya sabemos que, a diferencia de otros países musulmanes, en Irán no se han producido revueltas contra sus dirigentes, pero ¿hasta qué punto éstas son inevitables? Una juventud numerosa y cabreada puede ser muy peligrosa para la pervivencia del sistema y sus jerifaltes lo saben. De ahí que el pragmatismo de Rohani deba ser interpretado también en esta dirección. Pese a las posibles resistencias en el seno de esos guardianes de la Revolución, esta actitud conciliadora puede tener más ventajas para Irán que el hecho de mantenerse en una postura anti-americana enrocada. Por supuesto, tres décadas y media de confrontación no se solventan en unos cuantos días de trabajo, pero, como se ha visto, ninguna de las partes estaba dispuesta a irse de Suiza con las manos vacías. EEUU, porque sería un nuevo fracaso en su política exterior, e Irán, porque las expectativas creadas en los segmentos más progresistas y reformistas, especialmente esos jóvenes nacidos después de la revolución jomeinista y muchos de ellos en la era del móvil y de Internet, eran demasiadas como para tirarlas por la borda. Ahora sólo queda que este miedo escénico se mantenga y que en junio se llegue al convenio definitivo, a pesar de las injerencias internas y externas. Desde luego, en un momento tan convulso en ese área del planeta sería una de las mejores noticias posibles. Que el propio Papa haya pedido que se rece por lo alcanzado en Lausana me parece significativo.

5 de abril de 2015

Publicado en *El Diario Vasco*, 20 de abril de 2015, p. 20